

mano de su hija, se prestaba á hacer un generoso sacrificio á Europa; no habia mas que aceptarlo y dar gracias al emperador de Austria por haber comprendido las necesidades de la situacion tan á maravilla. Aun era cosa menos formal la eleccion del príncipe Bernadotte, ya heredero del trono de Suecia. Tras de un soldado de génio, no aceptaria Francia un soldado mediocre, cubierto de sangre francesa. Por tanto quedaban únicamente los Borbones. Sin duda Francia, que los habia conocido tanto, á la sazón conocíalos poco, y quizá tenia respecto de ellos algunas prevenciones. Pero muy pronto se renovarían las relaciones, y les acogeria de buen grado, si á su vuelta llevaban, no las preocupaciones que habian perdido su casa, sino las sanas preocupaciones del siglo. Mr. de Talleyrand añadia que urgía ligarles con sabias leyes, y reconciliarles con el ejército, colocando cerca de sus personas á sus representantes mas ilustres; que, con tino, esmero y aplicacion, todo esto se podia llevar á cabo; que además tenia que ser posible, porque era necesario; que, despues de tantas agitaciones, la necesidad mas imperiosa de los ánimos consistia en ver restablecido el edificio social sobre sus verdaderas bases, y que no pareceria estarlo mientras no se restituyera el trono de Francia á sus antiguos poseedores. Al fin, resumiendo Mr. de Talleyrand su opinion en algunas frases, concluyó de este modo.—La república es una imposibilidad; la regencia y Bernadotte son una intriga; solamente los Borbones son un principio.—

Semejante lenguaje no podia menos de ser grato á los soberanos aliados, y aun hubiera entre

ellos mas ardorosos aprobadores, si el verdadero representante de la vieja Europa, el emperador Francisco, si el gefe del partido tory, lord Castlereagh, se hallaran presentes. Sin embargo, el raro buen juicio del rey Guillermo anhelaba que fuera verdad cuanto acababa de ser espresado. Sin desearlo Alejandro tan de lleno, con todo propendia á admitirlo, si la restauracion de los Borbones proporcionaba el medio de pacificar á Francia sin humillarla, y, sobre todo, de agradarla despues de haberla vencido. Ansiando Mr. de Talleyrand dar su opinion clara, firme, bien que expresada sin vehemencia, el apoyo de un lenguaje mas vivo, mas caloroso que el suyo, propuso á los soberanos aliados y á los ministros reunidos en el salon de su casa que oyeran á algunos franceses, que por títulos varios de talento, de categoria, de destinos, merecian ser escuchados. De resultas fueron introducidos, el abate de Pradt, arzobispo de Malinas, recientemente embajador en Varsovia; al baron Luis, hábil rentista, empleado por Napoleon en algunas operaciones importantes; al general Dessoles, antiguo gefe de estado mayor y uno de los hombres que gozaban en el ejército de mayor estima.

Desde entonce dejó de tener esta junta el carácter de una conferencia privada, y vino á ser animada por extremo, y confusa á veces á fuerza de vivacidad. El abate de Pradt con la petulancia de su lenguaje, el baron Luis con la firmeza de su sólido juicio, el general Dessoles con su razon elevada, todos afirmaron y cada uno á su manera que la dominacion de Napoleon habia terminado; que nadie queria ya un furioso, dispuesto á inmolarse á

Francia y á Europa á sangrientas quimeras; que en su muger y en su hijo no se veria mas que á Napoleon bajo un nombre supuesto; que en Bernadotte se veria un ultraje; que, deseando una monarquía, no se podia admitir mas que á los Borbones; que á la verdad no se pensaba en ellos, si bien tampoco habia habido espacio; que así que su nombre se pronunciara sin rebozo, todo el mundo comprenderia que solo estos príncipes eran posibles, y que, precaviéndose con buenas leyes en contra de sus preocupaciones, se lograrían todas sus ventajas sin ninguno de sus inconvenientes.

Nadie se sentia mas impresionado que el emperador Alejandro por el conjunto y el calor de tales pareceres.—Si todos sois de esa opinion, exclamó, de ningun modo nos incumbe contradeciros.—Y mirando á sus aliados, que daban señales de asentimiento con la cabeza, y en particular el príncipe de Schwarzenberg, que visiblemente aprobó lo manifestado contra la regencia de María Luisa, se mostró propicio á aceptar á los Borbones; porque, segun sus palabras, los representantes de las antiguas monarquías europeas no podían suscitar objeciones contra el restablecimiento de esta antigua familia. Admitido el principio, solo restaba fijar la manera de declarar á Napoleon destituido del trono, y de instituir un gobierno que pacificara á Francia, con Europa y con ella misma. Así Mr. de Talleyrand como los que formaban su improvisado consejo, opinaron que se podría recurrir al Senado, al cual se hallaría solícito en derrocar al soberano, á quien habia adulado tan largo tiempo, como que al adularle siempre le habia aborrecido en el fondo del alma. Pero que

no se infundiría á este cuerpo el ánimo que se requería para declararse en tal sentido, sin que Napoleon apareciera irrevocablemente condenado. De no tener esta certidumbre, la misma timidez que habia mantenido silencioso al Senado ante Napoleon, le seguiria manteniendo igualmente mudo ante su sombra. Para zanjar esta dificultad ocurría un medio muy sencillo, si bien debia preceder á cualquier otro paso, y consistia en declarar que, reunidos en Paris los soberanos aliados, y dispuestos á conceder la mas honrosa paz á Francia, habian adoptado la resolusion de desentenderse de Napoleon, con quien se juzgaba imposible toda paz sincera y durable. Por grave que fuera lo de contraer semejante empeño, no habiendo otro arbitrio para que la opinion pública pudiera estallar contra Napoleon al cabo, no habia ya que vacilar, y no se vaciló tampoco; antes bien el proyecto de declaracion fué adoptado. Con todo, para los que deseaban á los Borbones y apetecían quedar satisfechos cuanto antes, no bastaba decir que ya no se trataría con Napoleon, sino que se necesitaba expresar que tampoco se trataría con ningun otro miembro de su familia, pues una eventualidad que se dejara expedita en favor de su hijo, soñaría para helar á las personas tímidas, sobre las cuales convenia influir sin tardanza. A la proposicion del abate de Pradt añadióse este complemento indispensable, y al punto se fijó en las esquinas de las calles de Paris la declaracion siguiente, suscrita por Alejandro en nombre de sus aliados.

«Los ejércitos de las potencias aliadas han ocupado la capital de Francia. Los soberanos aliados acogen el voto de la nacion francesa.

»Asimismo declaran: que si las condiciones de la paz debian consistir en tener las mas sólidas garantías, cuando se trataba de acabar por encadenar la ambicion de Bonaparte, las mas favorables han de ser cuando, por consecuencia de volver Francia á un gobierno prudente, se muestre en aptitud de ofrecer seguridades de reposo.

»Por tanto proclaman los soberanos aliados:

»Que ya no tratarán con Napoleón Bonaparte, ni con ningun miembro de su familia;

»Que respetan la integridad de la antigua Francia, tal como existió bajo sus legítimos reyes; aun pueden hacer mas, porque profesan el principio de que, para la felicidad de Europa, se necesita que Francia sea grande y fuerte;

»Que reconocerán y garantizarán la constitucion que se diere la nacion francesa. Por consiguiente, invitan al Senado á designar un gobierno provisional, que pueda proveer á las necesidades de la administracion y preparar la constitucion que al pueblo francés sea mas conveniente.

»Las intenciones que acabo de expresar, me son comunes con todas las potencias aliadas.

»Alejandro.

P. S. M. I.

»El secretario de Estado, conde de NESSELRODE.

»París 31 de marzo de 1814 á las tres de la tarde.

Se convino en que, apoyándose en esta declaracion, se avistaran Mr. de Talleyrand y sus auxi-

liares con los miembros del Senado, les decidieran á nombrar un gobierno provisional, y se determinara despues la forma de pronunciar la destitucion de Napoleón directa y definitivamente.

Despues de este primer acto se separaron los soberanos. Alejandro se quedó en la mansion de Mr. de Talleyrand. El rey de Prusia fué á fijar su residencia en el palacio del príncipe Eugenio, transformado despues en morada de la legacion de Prusia. Se expidieron órdenes para que las tropas aliadas no se alojaran en las casas de los vecinos, y para que provistas de los víveres necesarios, se establecieran y vivaquearan en las principales plazas de la capital, y, sobre todo, en los Campos Eliseos. El general Sacken fué nombrado gobernador de París. Cambiados fueron los redactores de los diversos periódicos ó invitados á hablar en el sentido de la revolucion nueva. Se usó del telégrafo, tal como existia entonces, para anunciar los grandes sucesos consumados en la capital, con mencion reiterada de las intenciones generosas de las potencias. Por la capital se esparcieron los realistas antiguos ó modernos, congregados en la mansion de Mr. de Talleyrand este dia, para divulgar la esperanza y casi la certeza de la próxima restauracion de los Borbones. Tumultuariamente reunidos los que pasearon aquella mañana por París la bandera blanca, se determinaron á proponer su presentacion á los soberanos aliados, con el fin de solicitar que inmediatamente fueran proclamados los Borbones. A su vez, si la declaracion de que no se trataria con Napoleón ya era algo, todavía no era bastante, y se necesitaba anunciar que se trataria exclusivamente con los Borbones, únicos so-

beranos legítimos de Francia. Tras una deliberación viva y confusa, se separaron acordes sobre un extremo, reducido á enviar una diputación á Alejandro para manifestarle el voto formal de los realistas. Con efecto, la tal diputación fué en busca de Alejandro primero al Eliseo, y despues al palacio de la calle de San Florentino; mas no la recibió el emperador de Rusia, sino Mr. de Nesselrode, el cual, encerrándose en la conveniente reserva, les repitió que Europa reunida en París, pensaba seguir exclusivamente el voto de Francia, y que si, como al parecer lo indicaba todo, este voto resultaba favorable á los Borbones, los soberanos aliados se darian por felices de asistir á su restauracion y de contribuir á ella con pleno asentimiento.

De consiguiente, el primer acto de esta revolucion se hallaba consumado. Dentro de París los soberanos, recibidos pacíficamente por una poblacion desarmada, á la cual trataban de halagar á una, se habian puesto en relaciones con algunos personajes de viso, y por su consejo habian declarado que ya no tratarian con Napoleon, á la par que estaban dispuestos á tratar con todo gobierno emanado del voto de la nacion francesa. Esto bastaba para que la opinion causada de la dominacion de un soldado, que jamas se daba al reposo, ni se lo consentia á nadie, se pronunciara muy luego en favor de la única dinastía que se presentaba á la mente, exceptuando la que habia elevado y destruido la victoria. Naturalísimo era un instante de vacilacion ante suceso tan repentino y al cabo de veinte y cuatro años de la ausencia de los Borbones; pero á la sazón las horas iban á producir el

efecto que en otras ocasiones los meses y los años. Aquella misma noche y al día siguiente 1.^o de abril, todos esos espíritus bulliciosos, que se precipitan en el torrente de las revoluciones, unos para aprovecharse de ellas, otros por el gusto de andar en ruidos, sin cesar iban y venian de un lado á otro; y de la casa de Mr. de Talleyrand corrian á las de los personajes, cuya cooperacion era necesaria, y en particular á las casas de los senadores. De ninguna parte habia que temer gran resistencia, puesto que para todos Napoleon venido equivalia á Napoleon destronado. Sin duda el pueblo de París experimentaba algún sentimiento por la pérdida del guerrero fascinador que habia encantado su imaginacion por largo tiempo, y que pocos días antes aun aparecia como defensor de sus muros; mas con excepcion del pueblo de algunas grandes ciudades, y especialmente de los campesinos, cuyas chozas habian sido destrozadas, para Francia entera, la paz, consecuencia segura de la caida de Napoleon, venia á ser un inmenso alivio. Además, entre los que mas directamente ponen la mano en los sucesos, era general el impulso hácia un nuevo estado de cosas. Sin parar mientes los revolucionarios antiguos en que tras de Napoleon iban á venir los Borbones, se deleitaban en el placer de la venganza contra el autor del 18 de brumario. Las personas sensatas reconocian en lo que pasaba las consecuencias tantas veces predichas de las locas temeridades que tanto habian deplorado, y de un poder sin contrapeso. Los hombres ocupados particularmente en sus intereses, buscaban la fortuna para ir en pos de ella, y no viéndola ya al lado de Napoleon volvia hacia otra

parte sus miradas. Con disposiciones tan unánimes no habia que temer que el senado se acordara de su antigua sumision para sonrojarse ó para perseverar en ella. Por lo comun, tras una larga sumision se mira de reojo al que la ha impuesto, y lejos de ser una traba para el pudor, es un pretexto para la ingratitud. De ello se pudo convencer Mr. de Caulaincourt sin ventura este mismo dia 31 de marzo y en su noche, como que despues de despedirse del emperador Alejandro, no cesó de visitar unos tras otros á los diversos personajes, que por varios títulos habian servido al gobierno imperial, y en esta ocasion extremada le podian ser de útil ayuda. A sus ojos, invocando la fé prometida, ó á lo menos el agradecimiento, pues á la sazón no habia una fortuna que á Napoleon no fuese debida, se lograria reanimar la fidelidad quebrantada; y si los soberanos aliados muy solícitos por halagar el sentimiento público, le veian algo persistente á favor de Napoleon, se contendrian, y en lugar de hacer una revolucion, se limitarian á hacer la paz, obra para la cual estaba Mr. de Caulaincourt preparado á la sazón del todo. Con efecto, ahora se habia determinado en el fondo de su corazon á violar sus instrucciones, y á firmar la paz de Chatillon en Paris, aun á riesgo de que en Fontainebleau se desaprobara su conducta. Mas su gira no interrumpida durante veinte y cuatro horas, le consternó, le indignó, y le inspiró desprecio hacia los hombres, á quienes no conocia lo bastante para esperar lo que pasaba ante sus ojos. Recto, adusto, sensato, jamás tuvo Mr. de Caulaincourt esa profunda ciencia de los hombres, que despoja de toda cólera al hacer imposible

toda sorpresa. En asombrarse y en arrebatarse fuéronse estos dos dias. Su primera visita fué al palacio de la calle de San Florentino, y allí su sentimiento no fué de asombro, pues no ignoraba los justos agravios de Mr. de Talleyrand, y le parecia naturalísima su conducta, si bien deseara tener influjo para inclinarle á seguir otra.—Ya es muy tarde, le dijo el gran actor de la escena del dia; ya no hay que pensar en Napoleon mas que para procurarle un lugar de retiro lejano. Es un insensato, que lo ha perdido todo, y que todo habia de perderlo, y del cual no hay que hablarnos en adelante. Abrazad un partido y pensad en vos ahora. Vuestro ilustre renombre y la amistad del emperador Alejandro os aseguran un buen lugar bajo todos los gobiernos. Atended á lo que os conviene, y olvidad á un soberano para quien vuestra rectitud se habia hecho ya importuna.—Esperando oir Mr. de Caulaincourt en boca de Mr. de Talleyrand este lenguaje, segregó lo que le atañia personalmente, y usando del privilegio de una amistad antigua, se esforzó por avivar la supuesta inclinacion de Mr. de Talleyrand á la regencia de Maria Luisa, bajo la cual pudiera ser el personaje principal del Estado.—Ya es muy tarde, repitió el principe de Benevento. Yo quise salvar á Maria Luisa y á su hijo, reteniéndolos en Paris, mas una carta de ese hombre funesto y destinado á perderlo todo, vino á decidir su partida para Blois, y á producir el vacío que tratamos de llenar al presente. Asi os repito que renunciéis á vuestros dolores: todo ha terminado para Napoleon y para los suyos; pensad en vuestros hijos, y dejadnos salvar á Francia por los únicos medios á

que es posible apelar en las circunstancias actuales.—Hallando Mr. de Caulaincourt á Mr. de Talleyrand irrevocablemente comprometido por la causa de los Borbones, ya desesperó de ejercer sobre su ánimo el mas remoto influjo. Al despedirse de Mr. de Talleyrand, y al cruzar para salir de su gabinete por medio de un grupo compuesto de funcionarios del imperio, donde Mr. de Pradt soltaba las palabras menos reservadas segun su costumbre, Mr. de Caulaincourt, no olvidado de las prolijas adulaciones del obispo de Malinas, sin ser dueño de reprimir un arranque de indignacion, se fué hácia él en derechura, sin dejarle otro escape que la escalera del palacio de San Florentino. Todos rodearon á Mr. de Caulaincourt y procuraron tranquilizarle, y le dijeron que su honrosa lealtad le extraviaba, y le hacia ver mal las cosas, y ya era preciso que abriese á la verdad los ojos.—¿Y por qué no abrirlos antes? preguntó Mr. de Caulaincourt, dirigiéndose á todos los hombres ardientes parciales del imperio no hacia mucho. ¿Por qué no abrirlos antes? Pues ayudándome seis meses atrás algo, detuviéramos al borde del abismo al que apellidais hoy loco, extravagante, despota intratable.—A esto no se respondió mas que volviendo la cabeza, y reiterando que Napoleon lo habia perdido todo. Siempre desconsolado Mr. de Caulaincourt dirigióse á casa de algunos senadores. Pocas puertas halló no cerradas hasta ante su nombre tan acatado en otros dias y tan aplaudido. Unos estaban ausentes, otros fingian estarlo. Con todo, á algunos, cogidos de improviso, les halló accesibles. Entre estos unos aparecian confusos, consternados, y procuraban ocultar bajo hondos

gemidos la resolucion visible de hacer todo lo que se les pidiera. Otros mas audaces, levantando la voz de pronto, decian que ya era tiempo de pensar en Francia, harto olvidada, harto sacrificada á un hombre, que la habia comprometido gravemente, y que la iba á acabar de perder, no dándose prisa á quitársela de las manos.—¿Quién la ha sacrificado decia Mr. de Caulaincourt con ira, sino los que hoy echan de ver por vez primera que el héroe, el dios de la vispera, no es mas que un loco, un despota á quien hay que precipitar del trono para la salvacion de Francia?—Mas por justas que fuesen las reflexiones del honrado duque de Vicenza no enmendaban nada, y harto veia que la causa de Napoleon estaba perdida sin remedio; que á lo sumo, si se abandonaba al padre, quizá se salvaria al hijo, aun cuando apenas habria espacio, á causa de que los sucesos marchaban con celeridad espantosa. A mayor abundamiento, indignado y todo del espectáculo que se ofrecia á su vista, harto se le alcanzaba que era verdad cuanto sonaba en sus oídos, si bien sentaba mal en aquellos labios, y asi próximo á menudo á encolerizarse, de pronto bajaba la cabeza y concluía por alejarse en silencio, cual si fuera el delincuente á quien se dirigian las justas acusaciones que resonaban por todas partes. Desesperando, pues, de contener al Senado, se resolvió á insistir cerca de Alejandro y del príncipe de Schwarzenberg para salvar alguna cosa de este gran naufragio.

Entretanto, el éxito que Mr. de Caulaincourt no alcanzaba de los senadores lo obtenia Mr. de Talleyrand sin esfuerzo. Fingiendo indignacion los unos, gimiendo los mas y aspirando todos á ser

bienquistas del hombre que iba á disponer de lo porvenir, se mostraban decididos á asentir de plano á lo que se sometiera á su voto. Mas carácter se halló en los que á tenor de la escuela de Sieyès formaron en el Senado una oposicion inactiva, aunque severa. Estos aparecian dispuestos á aventurarse contra Napoleon á todo, sin menoscabo de su dignidad porque jamás le habian incensado, mas su resignacion á aceptarlo todo no se asemejaba á la de sus colegas. Asi preguntaron si se propendia á conducirles como vencidos á las plantas de los Borbones, y si al llamar á esta familia no se pensaria en afianzar los principios de la revolucion francesa, y en restaurar la libertad inmolada tan largo tiempo al autor del 18 de brumario. Se aspiró á tranquilizarles con decirles que, aparte de sus luces superiores, el antiguo obispo de Autun se hallaba muy interesado en precaverse contra los Borbones, y que, tras de destituir á Napoleon por los votos del Senado, se ocuparian en redactar una constitucion adecuada á las necesidades y á las luces del siglo.

Entendidas asi las cosas, en su calidad de gran dignatario y de vicepresidente del Senado, tomó la resolucion de convocar este cuerpo para el 1.º de abril, á otro dia de la entrada de los ejércitos aliados, á fin de proveer á la falta de autoridad pública. A pesar de llamar á muchas puertas y de visitar á muchos senadores, el número de los que dejaron la capital con María Luisa y de los retenidos cerca de Napoleon á causa de sus funciones, y sobre todo el número de los aterrorizados era tan grande que de ciento cuarenta apenas se pudieron juntar setenta senadores. En sesion estaban á las

tres de la tarde, aguardando lo que se les propusiera muy resignados. En un discurso bastante mal escrito por el abate de Pradt, les dijo Mr. de Talleyrand que eran convocados en ayuda de un *pueblo desamparado* (manera de fondar la resolucion que se trataba de tomar en la partida de la regente) y para proveer á la necesidad mas indispensable de toda sociedad, la de ser gobernada; que, por consiguiente, se les invitaba á formar un gobierno provisional que tomara las riendas de la administracion actualmente abandonadas. Nadie hizo la mas leve objecion á este discurso, leido con la habitual indolencia de Mr. de Talleyrand y escuchado en profundo silencio. Pero los miembros de la oposicion liberal pidieron al punto que no se redujese la tarea de este gobierno provisional á apoderarse de la administracion del Estado, que á la sazón no dirigia nadie, sino á redactar una constitucion que consagrara los principios de la revolucion francesa, y un echadizo, apostado para engolosinar á sus colegas, añadió que el Senado y el Cuerpo legislativo deberian ocupar el lugar de los grandes cuerpos políticos en la constitucion futura. Recíprocamente se acordaron estas diversas proposiciones, y entendióse que asi que tomara posesion del poder el gobierno que iba á ser nombrado, se dedicaria á redactar una constitucion sin demora. Aprobados tales puntos, urgía pensar en componer este gobierno llamado provisional. Ocioso, es decir, que previamente en casa de Mr. de Talleyrand se habia fijado todo, asi el número como la eleccion de los individuos. No correspondiendo el número de tres á las diferentes necesidades de las circunstancias, adoptóse el de

cinco, y en cuanto á las personas se buscó entre los amigos de Mr. de Talleyrand á hombres sometidos á su influencia, pero que tenían relaciones útiles con los varios partidos. De consiguiente, á Mr. de Talleyrand, gefe indicado del nuevo gobierno se agregaron cuatro personajes. Ante todos figuró el duque de Dalberg, escasamente conocido en Francia, pero obrero el mas antiguo, mas diligente y mas hábil de la sorda trama que salia á luz actualmente, y ligado además por estrechas relaciones asi con los príncipes como con los ministros extranjeros, apoyos necesarios de la revolucion nueva. Tras de esta eleccion ideada por la diplomacia extranjera, se necesitaba que el ejército se hallase representado por otra. De resultas pensóse en el anciano Beurnonville, oficial de los primitivos tiempos de la revolucion, medianía benévola y versátil, que poco antes se compadecia de los infortunios de Napoleon en union de Mr. de Lavallette, y ahora en el palacio de Mr. de Talleyrand se mostraba indignado contra sus faltas, y que á vueltas de todo se mantenía con los mas de los descontentos del ejército en relaciones muy amistosas. Tambien convenia responder lo mas posible á las opiniones de los partidos, sin salir de la sociedad de Mr. de Talleyrand, que se distinguia esencialmente por moderada. Se designó á Mr. de Jaucourt, hombre galante, antiguo constituyente, afable, ilustrado, liberal, que habia pertenecido á la minoría de la nobleza, y que por fortuna representaba á los hombres deseosos de hermanar la libertad y los Borbones. Finalmente, para que tuviera su parte el realismo, influencia importante del momento, se eligió al abate de Mon-

tesquiou, uno de los presidentes de la Asamblea constituyente, secreto corresponsal de Luis XVIII durante el imperio, hombre de iglesia á la par que de mundo, no diciendo misa, frecuentando los salones, conservando mas de una preocupacion politica, aunque afectando no tener ninguna preocupacion religiosa, instruido, agudo, independiente, pero altanero é irascible, adoptado á la sazón casi como un accesorio, y destinado á ser en breve la primera figura, porque, á la ventaja de representar un poder que se acrecia de hora en hora, se le unia la de ser entre los miembros del nuevo gobierno el hombre de sentimientos mas á la vista.

Estas elecciones se habian preparado en casa de Mr. de Talleyrand, segun ya hemos dicho. Formado el Senado en grupos, se les comunicaron de boca en boca, y las confirmaron con sus votos, sin ocurrirles la idea de rechazar un solo nombre de cuantos les fueron presentados. Una vez adoptadas tales providencias, Mr. de Talleyrand dejó á los senadores el cuidado de redactarlas en términos oficiales, y se volvió á la calle de San Florentino, donde le aguardaban los numerosos cortesanos de su nueva grandeza, muy convencidos todos de que llamaria á los Borbones, y de que los dominaria además despues de haberlos llamado.

Los hombres recién designados podian constituir un gobierno nominal, matizado de los colores del dia, pero no un gobierno efectivo, capaz de administrar los negocios. Para lograrlo de esta clase urgía formar un ministerio. Apenas vuelto Mr. de Talleyrand desde el Luxemburgo á su casa, juntó á sus colegas, y ocupóse en buscar ministros. Dos

hacian mas pronta falta que los otros, el de hacienda y el de la guerra, porque se necesitaba tener dinero y procurar que el ejército dejara á Napoleon solo. Para hacienda se hizo una eleccion que Francia debe aplaudir eternamente, la del baron Luis, espíritu vehemente y vigoroso, mas al alcance que ningun otro hombre de aquella época del poder del crédito, poder fecundo, el solo capaz de cerrar las llagas de la guerra y de reemplazar al genio creador de Napoleon. Para guerra cedióse de sobra á la pasion del dia y se hizo un nombramiento, que tenia todos los caracteres de una reaccion por desgracia, llamando para este destino al general Dupont, infortunada victima de Bailen. Durante los últimos tiempos hablóse mas de una vez de las brillantes proezas del general Dupont en los años de 1805 y 1806, se manifestó lástima por sus desventuras inmerecidas, y desde que se empezó á censurar á Napoleon en secreto, sin interrumpir las públicas adulaciones, se dijo en voz baja que el general Dupont habia sido la victima elegida para engañar á la opinion acerca de las faltas de la guerra de España. Equivocadamente se creyó que la eleccion ésta, acusadora para Napoleon, tendría respecto del ejército el caracter de reparadora, y que seria de su agrado, y al revés irritóse sobremanera. Mr. de Talleyrand, uno de los jueces del general Dupont, le envió á buscar á Dreux, donde estaba preso. Tambien se hizo venir á un administrador imperial, hombre de gran talento, que se habia distinguido recientemente por sus vivos epigramas contra el imperio, y se le encargó el departamento de lo interior. Este administrador era Mr. Beugnot. Se confió el departamento de

justicia á un magistrado respetable y liberal, á Mr. Henriot de Pansey; el de marina á un consejero de Estado, á la sazón en desgracia, estimable y laborioso, Mr. Malouet; el de negocios extranjeros á un diplomático instruido, ageno á los partidos, y dotado de la moderacion habitual de su carrera, Mr. de Laforest. Bajo la forma de direccion general se puso la policia á cargo de un empleado de este ramo, Mr. Anglés, amigo secreto de los Borbones; y el ramo de correos fué entregado á un enemigo subalterno de Napoleon, Mr. de Bourrienne, su antiguo secretario, y alejado por motivos extraños á la politica de su gabinete.

A estos nombramientos, excelentes unos, regulares ó malos otros, se añadió uno de los mejor entendidos. La Guardia nacional, bien organizada, habia acreditado una conducta firme y honrosa, y merecia que se le diesen testimonios de consideracion, asi fué puesta bajo el mando de un gefe digno de ella, el general Dessoles, antiguo gefe de estado mayor de Moreau, carácter contenido, talento agudo y cultivado, republicano en otros tiempos y adicto ahora á la monarquía constitucional, y reuniendo en sí el doble carácter militar y civil, que se requiere á la cabeza de una tropa á la cual se ha dado el nombre de milicia ciudadana.

Estos diversos personajes no recibieron mas que un título provisional como el del gobierno que les instituia. Calificados fueron de *comisionados delegados para la administracion* de justicia, de guerra, de lo interior, etc. Se les dió orden para que de seguida tomaran posesion de sus puestos, y se pusieran lo mas pronto y lo mejor posible al corriente de los negocios. De consiguiente, habia un go-